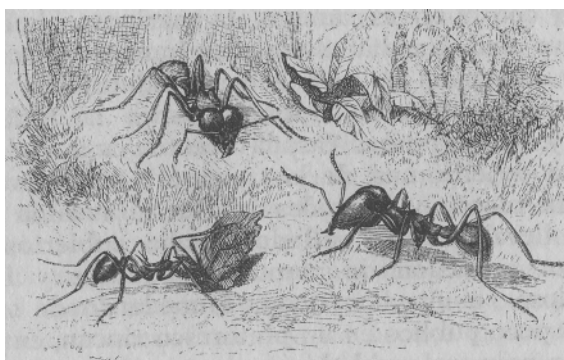


Bates, Henry Walter (1825 -1892)

El naturalista por el Amazonas (1863)

.....

No me detendré por más tiempo en los muchos otros órdenes y familias existentes de insectos, pues debo pasar de inmediato a las hormigas. Las había por millares en todas partes, pero me limitaré a mencionar dos tipos. Nos quedamos perplejos al descubrir hormigas de una pulgada y cuarto de longitud, y corpulentas en la misma proporción, que marchaban en fila de a uno a través de los matorrales. Pertenecían a la especie denominada *Dinoponera grandis*. Sus colonias constan de un reducido número de individuos y se establecen en torno a las raíces de los árboles de tronco más fino. Se trata de una especie con púa urticante, pero su picadura no es tan grave como la de muchas de las especies más pequeñas. No había nada peculiar ni atractivo en los hábitos de este gigante de las hormigas. Otra especie mucho más interesante era la saüba (*Oecodoma cephalotes*). Se veían ejemplares de esta hormiga por todas partes en los arrables de la ciudad, marchando en anchas columnas en direcciones contrapuestas. Debido a su costumbre de despojar a los árboles cultivados más valiosos de su follaje, constituía un gran azote para los brasileños. En algunos distritos era tan abundante que la agricultura resultaba casi imposible, y todo el mundo se quejaba de la terrible plaga.



Saüba u hormiga portadora de hojas. - 1. Obrera menor. - 2. Obrera mayor. 3. - Obrera subterránea

Las obreras de esta especie están divididas en tres órdenes, y varían de tamaño por tener entre dos y siete segmentos; el lector podrá hacerse una idea aproximada de su aspecto observando el grabado que aparece a continuación. La auténtica clase obrera de una colonia está formada por el orden de obreras más pequeñas, que han sido bautizadas como «obreras menores» (Fig. 1). Los otros dos tipos cuyas funciones, como veremos, aún no hemos acabado de comprender, tienen la cabeza enormemente hinchada y maciza; en uno de ellos (Fig. 2), la cabeza aparece en extremo limpia y pulida; en el otro (Fig. 3) es opaca y peluda. Las obreras menores varían mucho de tamaño, teniendo

algunas un volumen dos veces mayor que otras. Todo su cuerpo es de una consistencia muy sólida, y de un color pálido, entre rojizo y pardo. El tórax de medio segmento está armado con tres pares de púas afiladas; y también en la cabeza aparecen un par de púas similares procedentes de sus mandíbulas posteriores.

En nuestros primeros paseos nos encontramos desorientados a la hora de explicar el origen de ciertos montículos de tierra, de un color distinto de la del suelo adyacente, que se erguían en las plantaciones Y bosques. Algunos de ellos eran muy extensos, midiendo unas cuarenta yardas de circunferencia, aunque no más de dos pies de altura. Pronto descubrimos que eran obra de las saübas y que se trataba de estructuras externas o cúpulas que cubrían y protegían las entradas de sus vastas galerías subterráneas. Al examinarlas más de cerca comprobé que su composición consiste en unos gránulos muy diminutos, aglomera dos sin cemento y dispuestos en numerosas hileras de tal suerte que forman crestas y torretas. La diferencia de color respecto a la superficie del suelo vecino se debe a que están construidas desde el subsuelo, cuya tierra es subida al exterior desde una profundidad considerable. Muy rara vez conseguimos ver a las hormigas trabajando en estos montículos; parece ser que las entradas suelen estar cerradas y que sólo muy de tarde en tarde, cuando están llevando a cabo alguna tarea especial, abren las galerías. Las entradas son pequeñas y numerosas; en los cerrejones de gran tamaño tendrían que realizarse excavaciones bastante hondas antes de llegar a las galerías principales; pero yo mismo logré retirar porciones de la cúpula en algunos cerrejones pequeños, descubriendo que las entradas menores convergían, a una profundidad de unos dos pies, en una ancha galería de mina elaboradamente trabajada que tenía cuatro o cinco pulgadas de diámetro.

El hábito que tiene la saüba de cortar y llevarse inmensas cantidades de hojas ha sido relatado y expuesto en diversos libros de historia natural. Cuando se dedican a este trabajo, sus procesiones se nos antojan hojas animadas en multitudinaria marcha. En algunos lugares encontré una acumulación de tales hojas, todas ellas circulares, del tamaño aproximado de una moneda de seis peniques, abandonadas en el camino sin que las hormigas se ocuparan de ellas; incluso estaban situadas a cierta distancia de cualquier colonia de estos insectos. Pero siempre se constata que los montoncitos han desaparecido cuando vuelve a visitarse el lugar al día siguiente. Con el tiempo llegué a disponer de numerosas oportunidades de ver a las saübas en tan singular tarea. Asaltan y escalan el árbol por multitudes, siendo todos los individuos que las integran obreras menores. Cada una se coloca en la superficie de una hoja y practica, con sus mandíbulas afiladas como unas tijeras, una incisión casi semicircular en la parte superior; a continuación apresa el borde entre sus mandíbulas y mediante una seca sacudida suelta la pieza de su rama. A veces dejan que la hoja caiga al suelo, donde se acumula en montón con las demás hasta que viene a llevárselas otro destacamento de obreras; pero en general cada una inicia la marcha de regreso con la pieza en la que ha operado y, como todas emprenden la misma ruta hasta la colonia, el camino queda en poco tiempo liso y desnudo, dando al curioso la impresión de que una rueda de carro ha pasado entre el follaje.

Resulta de lo más interesante ver a estas vastas huestes de trabajadoras activas y diminutas ocupadas en esta tarea. Por desgracia, escogen casi siempre árboles

cultivados para sus propósitos. Esta hormiga es muy característica de la América tropical, al igual que el género al que pertenece; en ocasiones despoja a los árboles jóvenes de especies que crecen salvajes en sus bosques naturales; pero suele preferir, cuando están a su alcance, las plantas importadas de otros países, tales como los cafetos y los naranjos. Hasta ahora, no he dado una explicación satisfactoria del uso al que destina las hojas. Nadie lo había conseguido antes, y yo lo descubrí sólo tras mucho tiempo consagrado a la investigación. Utilizan las hojas para techar las cúpulas que cubren las entradas de sus moradas subterráneas, protegiendo así de las lluvias torrenciales a las crías jóvenes que se cobijan en los nidos de debajo. Los montículos grandes, ya descritos, son tan extensos que pocas personas lograrían apartarlos con éxito para poder examinar el interior; Pero los cerrejones pequeños, que cubren otras entradas del mismo sistema de túneles y cámaras, aparecen con frecuencia en lugares resguardados, siempre techados mediante hojas mezcladas con gránulos de tierra. Las obreras, pesadamente cargadas cada cual con su segmento de hoja, que transportan vertical sin dejar de afianzar el extremo inferior entre sus mandíbulas, avanzan en formación de tropa y apilan sus fardos en el cerrejón; otro destacamento de obreras coloca entonces las hojas en posición y las cubre con una capa de gránulos de tierra que son traídos uno por uno desde el subsuelo adyacente.

Las viviendas subterráneas de esta fantástica hormiga tienen fama de ser muy extensas. El reverendo Hamlet Clark relata que la saüba de Río de Janeiro, una especie muy próxima a la nuestra, ha excavado un túnel por debajo del lecho del río Parahyba en un lugar donde su cauce es tan ancho como el Támesis en el Puente de Londres. En los molinos de arroz de Magoary, cerca de Pará, esta misma hormiga horadó en una ocasión el dique de una presa de gran tamaño: el gran caudal de agua que contenía se escapó antes que pudieran repararse los daños. En los jardines botánicos de Pará, un emprendedor jardinero francés puso en práctica todos los recursos que se le ocurrieron para librarse de la saüba. A este propósito hizo hogueras encima de algunas de las entradas principales de sus colonias, y extendió los vapores de azufre por las galerías mediante fuelles. Yo mismo vi salir el humo a través de gran número de orificios, uno de los cuales se encontraba a una distancia de 70 yardas del lugar donde se habían usado los fuelles. Esto demuestra cuán extensamente se ramifican las galeras subterráneas.

Además de dañar y destruir a los árboles jóvenes despojándolos de su follaje, la saüba causa un montón de problemas a las personas a causa de su hábito de asaltar por la noche los almacenes de provisiones que hay en todas las casas; incluso podría afirmarse que es aún más activa de noche que de día. Al principio me sentía inclinado a poner en tela de juicio las historias que se contaban de que entraban en las habitaciones y se llevaban grano por grano la farinha o el alimento llamado mandioca, que es el pan de los pobres en Brasil. Con el tiempo, cuando residía en un poblado indio en el Tapajos, obtuve amplia prueba del hecho. Una noche mi criado me despertó tres o cuatro horas antes del alba exclamando que las ratas estaban devorando las cestas de farinha. Tal artículo era en aquel tiempo escaso y caro. Me desperté, agucé el oído y descubrí que el ruido no era en nada similar al que suelen hacer las ratas. Así que me hice con una luz y entré en la despensa, que estaba al lado del lugar donde dormía. Allí encontré una ancha columna de hormigas saüba, constituida por miles de individuos todos tan atareados como cabe imaginar en ir y venir de la puerta a mis preciosas

cestas y viceversa. La mayoría de los que salían iban cargados con un grano de farinha, que era, en algunos casos, más grande y casi siempre más pesado que el cuerpo del portador. La farinha consiste en granos de un tamaño y aspecto similares a la tapioca de nuestros comercios; ambos son productos de la misma raíz, ya que la tapioca es la fécula en estado puro y la farinha la fécula mezclada con fibra leñosa, un ingrediente que le da un color amarillento. Resultaba divertido ver a los enanos, los miembros más diminutos de la familia, avanzar a trompicones totalmente ocultos debajo de sus cargas. Las cestas, que se hallaban en una mesa alta, estaban cubiertas de hormigas hasta los topes; había allí centenares de ellas ocupadas en recortar las hojas secas que servían de revestimiento al mimbre. Era eso lo que producía el crujimiento que nos había alarmado al principio. Mi criado me aseguró que eran capaces de llevarse el contenido entero de las dos cestas (un par de bushels, o 70 kgs.) en el curso de una noche, si no las hacíamos desistir; así que tratamos de exterminarlas matándolas con nuestros chanclos de madera. Pero era imposible evitar que aparecieran en el lugar nuevas huestes a medida que íbamos acabando con sus compañeras, con una rapidez pasmosa. Volvieron la noche siguiente, y me vi obligado a formar regueros de pólvora por donde pasaba su hilera y hacerlas saltar por los aires. Esta operación, repetida muchas veces, pareció intimidarlas al fin, pues nos vimos libres de sus visitas durante el resto de mi estancia en el lugar. En cuanto a lo que hacían con los granos secos y duros de la mandioca, nunca logré averiguarlo y no acierto siquiera a imaginarlo. Este alimento no contiene gluten, y por lo tanto les resultaba inútil como cemento. Sólo contiene una porción relativamente pequeña de fécula que, al mezclarla con el agua, se separa y cae como la mayoría de las materias provenientes de la tierra. Quizá sirva como comida de las obreras subterráneas. Pero las hormigas jóvenes o larvas suelen ser alimentadas a base de jugos secretados por las obreras nodrizas.

Las hormigas, como estoy seguro que es superfluo explicar, constan, en cada especie, de tres grupos de individuos, o, como lo expresan algunos, de tres sexos: machos, hembras y obreras, siendo estas últimas hembras subdesarrolladas. A los sexos perfectos les salen alas en cuanto alcanzan la edad adulta; sólo ellas propagan su especie, y abandonan volando, antes del acto de la reproducción, el nido en el que han sido criadas. La condición alada de los machos y las hembras perfectos, y el hábito de salir volando antes de aparearse, constituyen puntos importantes en la economía de las hormigas, ya que de ese modo tienen la posibilidad de entrecruzarse con miembros de colonias distantes que escapan en masa al mismo tiempo, aumentando así el vigor de la raza, un procedimiento esencial para la prosperidad de cualquier grupo de seres vivientes. En muchas hormigas, y sobre todo en las de los climas tropicales, las obreras se subdividen a su vez en dos clases, cuya estructura y funciones son muy diferentes. En algunas especies son asombrosamente disímiles entre sí, constituyendo dos formas bien definidas. En otras existe una gradación de individuos entre los dos extremos. Las curiosas diferencias de estructura y hábitos entre ambas clases son un tema de estudio interesante, aunque complicado. Una de las grandes peculiaridades de las saüba consiste en poseer tres clases de obreras. Mis investigaciones sobre ellas estaban lejos de ser completas; no obstante paso a relatar lo que he observado sobre esta cuestión.

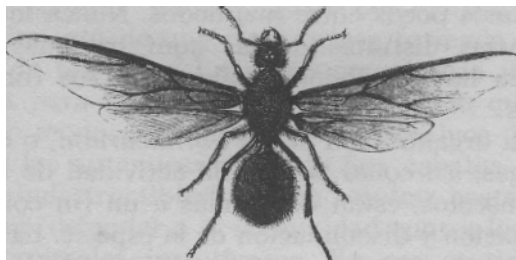
Cuando están ocupadas en la tarea de cortar hojas, o de robar farihna, o en cualquier otra, siempre se observan dos clases de obreras (Figs. 1 y 2). Es cierto que no

están perfectamente definidas en su estructura, ya que se ven individuos de grados intermedios. No obstante, todo el trabajo es realizado por los individuos con cabeza pequeña (Fig. 1), mientras que los que ostentan cabezones enormes, u obreras mayores (Fig. 2), se limitan, según mi experiencia, a pasear por los alrededores. Nunca llegué a satisfacer mi propia curiosidad en lo concerniente a las funciones de estas obreras mayores. No son soldados ni defensoras de la sección obrera de la comunidad como la clase armada de las termitas, o hormigas blancas, ya que nunca luchan. Se trata de una especie sin púa urticante, y tampoco dan muestras sus miembros de resistencia activa cuando alguien se interpone en su actividad. En una ocasión imaginé que ejercían una especie de superintendencia sobre las otras; pero tal función es del todo innecesaria en una comunidad en la que todas sus integrantes trabajan con una precisión y regularidad semejantes a las partes subordinadas de una pieza de maquinaria. Por fin llegué a la conclusión de que no tienen una función susceptible de definirse de forma concreta. No obstante, no pueden resultar inútiles a su comunidad, pues el mantenimiento de una clase ociosa formada por individuos de tan colosal tamaño constituiría una carga excesiva para la especie en general. Creo que sirven, de algún modo, como instrumentos pasivos de protección de las auténticas obreras. Sus cabezas enormes, duras e indestructibles podrían resultar bastante prácticas para defender a la comunidad contra los ataques de los animales insectívoros. En ese sentido serían algo así como «pièces de résistance» que contrarrestarían la fuerza de las embestidas violentas infligidas al cuerpo principal de las obreras.

El tercer orden de obreras es el más curioso de todos. Si se desprende la parte superior de un montículo pequeño y recién construido, uno en el que se esté aún efectuando el proceso de techado, aparecerá a la vista un ancho pozo cilíndrico a una profundidad de unos dos pies por debajo de la superficie. Al tantear este último con un palo, cosa que puede hacerse hasta una distancia de tres o cuatro pies bajo tierra sin tocar el fondo, un pequeño número de seres gigantescos (Fig. 3) empezarán a escalar poco a poco los lados lisos de la mina. Sus cabezas tienen el mismo tamaño que las de los individuos de la clase reproducida en la figura 2; pero su parte frontal está cubierta de pelo, en vez de aparecer bruñida, y tienen en medio de la frente un ocelo gemelo, u ojo simple, de estructura bastante diferente de la de los ojos compuestos normales situadas a los lados de la cabeza. Este ojo frontal está totalmente ausente en las otras obreras y no se conoce en ningún otro tipo de hormigas. La aparición de estas extrañas criaturas de las profundidades cavernosas de la mina me recordó, cuando pude observarlas por primera vez, a las cíclopes de la fábula homérica. No eran seres belicosos, como yo me temía, y no tuve ninguna dificultad para capturar unos pocos entre mis dedos. Nunca los vi en circunstancias distintas de las aquí narradas, y no acierto aún hoy a adivinar cuáles eran sus funciones específicas.

Toda la organización de un *Formicarium*, o colonia de hormigas, así como la variada actividad de la vida de estos insectos, están destinadas a un fin concreto: la perpetuación y diseminación de la especie. La mayor parte del trabajo que vemos realizar a las obreras tiene como finalidad primordial el mantenimiento y bienestar de las crías, que no son sino larvas indefensas. Las hembras auténticas son incapaces de subvenir a las necesidades de sus vástagos; y es sobre las pobres obreras estériles, a quienes se les niega cualquier otro placer de maternidad, sobre las que recae por entero

tal tarea. ¡Qué comunidad tan bien organizada es la de las hormigas! Las obreras son también los principales agentes encargados de las diferentes migraciones de la colonia, que son de vasta importancia para la dispersión y prosperidad subsiguientes de la especie. El éxito en el *début* de los machos y hembras alados depende asimismo de las obreras. Resulta divertido contemplar la actividad y agitación que reinan en un hormiguero cuando tiene lugar el éxodo de los individuos alados. Las obreras limpian los caminos de salida y dan muestras del más vivo interés en su marcha, pese a que es de lo más improbable que ninguno de ellos regrese a la misma colonia.



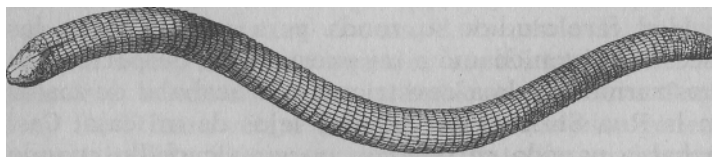
Hormiga saüba. - Hembra

La escapada en masa o éxodo de los machos y hembras alados de las saüba se produce en enero y febrero, es decir, al iniciarse estación de las lluvias. Salen al atardecer en grandes manadas, causando una cierta conmoción en las calles y los caminos. Tienen un tamaño colosal; las hembras no miden menos de dos pulgadas y cuarto con las alas extendidas, mientras que el macho no alcanza más de la mitad de este tamaño. Son tan ávidamente perseguidas por los animales insectívoros, que a la mañana siguiente a su vuelo no se ve ni un solo individuo, salvo algunas pocas hembras fecundadas que han escapado a la matanza y se disponen a fundar nuevas colonias.

.....

.....

Entre las serpientes más curiosas que encontré en esta zona figuraba la *Amphisbaena*, un género que guarda estrecha relación con el lución europeo. En Pará se dan diversas especies. Las que me atrajeron no medían en conjunto mucho más de un pie de largo. Tienen forma cilíndrica y carecen de cuello propiamente dicho; su cola, de una pulgada de longitud como máximo, es de la misma forma que la cabeza. Esta configuración peculiar, añadida a su costumbre de culebrear tanto hacia atrás como hacia adelante, ha dado pie a una fábula en la que aparecen como animales con dos cabezas, una en cada extremo de un modo en extremo indolente y lento, y están revestidas de escamas que tienen la forma de pequeñas placas incrustadas y distribuidas en anillos en torno al cuerpo. Su ojo es tan pequeño que resulta apenas perceptible.



Amphisbaena

Suelen vivir en las cámaras subterráneas de la hormiga saüba, y salen de su escondrijo sólo muy de vez en cuando y siempre por la noche. Los nativos llaman a la *Amphisbaena* «Mai das Saübas» o madre de las Saübas, y creen que es venenosa, cuando en realidad no puede ser más inofensiva. Se trata de uno de los numerosos animales curiosos que se han convertido en protagonistas de las historias míticas de los nativos. Dicen que las hormigas sienten por ella un gran efecto y que, si la serpiente es expulsada o arrancada del nido, las Saübas se apresuran a abandonar el lugar. En una ocasión extraje a una casi entera del interior de una joven jararaca, la especie venenosa a la que he aludido, cuyo cuerpo estaba tan dilatado con su contenido que la piel se había estirado hasta convertirse en la delgada película que rodeaba a la capturada *Amphisbaena*. Por desgracia no logré descubrir con toda certeza la relación exacta que existe entre estas curiosas serpientes y las hormigas Saüba. No obstante, creo que lo cierto es que se alimentan de tales hormigas, ya que una vez encontré restos de ellas en el estómago de un reptil de esa clase. Sus movimientos son de lo más peculiares; sus quijadas indilatables, sus ojos pequeños y su curioso tegumento de reflejo metálico las distinguen de las demás serpientes. Evidentemente estas propiedades guardan cierta relación con su residencia en las moradas subterráneas de las hormigas. A estas alturas los naturalistas ya ha constatado que las formas más anómalas entre los insectos coleópteros son las de aquellos que viven tan sólo en los nidos de las hormigas, así que no resulta tan curioso encontrar a un tipo anormal de serpiente en la sociedad de estos insectos.

.....

.....

Podría decirse que Aveyros es el cuartel general de la hormiga de fuego, un insecto al que cabe aplicar, sin temor a equivocarse, el apelativo de azote del río. El Tapajos está casi completamente libre de las plagas que infestan otras partes, como son los mosquitos, los simúlidos, las motúcas, y los pium; pero la formiga de fuego es quizá peor que todos ellos juntos. Sólo se la encuentra en los suelos arenosos de los lugares abiertos, y parece medrar en la vecindad de las casas y los pueblos enmalezados, tales como Aveyros, más que en ningún otro lugar, ya que no frecuenta en absoluto los rincones umbríos de la selva. Vi especímenes con harta frecuencia en las márgenes del Amazonas, pero la especie no es muy común. en un río principal, y además allí su presencia apenas su nota, porque no ataca al hombre y su picadura es mucho menos virulenta que la de la misma especie en las orillas del Tapajos. Aveyros quedó desierto pocos años antes de mi visita a causa de este pequeño verdugo; sus habitantes habían vuelto a sus hogares en fecha reciente, pensando que su número había decrecido. Se trata de una especie diminuta, de un brillante color rojizo, no muy distinta de la hormiga roja y también urticante común en nuestro país (*Myrmica rubra*), salvo en que el dolor y la irritación provocados por su picadura son mucho más intensos. El suelo de todo el pueblo está minado de hormigueros: las entradas de sus galerías subterráneas perforan la tierra, y aquí y allá se observa la pequeña bóveda de arena donde los insectos llevan a sus crías para que reciban algo de calor cerca de la superficie. Las casas están prácticamente infestadas; se disputan con los habitantes hasta el menor fragmento de comida, además de destruir la ropa para llevarse el almidón que contiene. Es obligado suspender todos los víveres de los cabrios en grandes cestas, con las cuerdas bien impregnadas de bálsamo de copaüba, que es el único medio conocido para impedir que se encaramen también hasta las alturas. Parecen atacar a las personas por pura malicia; si nos deteníamos unos momentos en la calle, aunque fuera a cierta distancia de sus nidos, sabíamos que íbamos a ser invadidos y cruelmente castigados, ya que en el instante en que una de estas hormigas toca la carne, se adhiere a ella con sus mandíbulas, dobla la cola hacia dentro y clava su aguijón con toda su fuerza. Cuando, por la tarde, sacábamos unas sillas delante de la casa y nos acomodábamos en ellas para gozar de un rato de conversación con los vecinos, necesitábamos también taburetes, para apoyar los pies, cuyas patas, al igual que las de las sillas, habíamos untado previamente con bálsamo. Las cuerdas de las hamacas han de ser embadurnadas del mismo modo para evitar que las hormigas visiten a los durmientes durante la noche.

Los habitantes afirman que la hormiga de fuego era desconocida en el Tapajos antes de los desórdenes de 1835-36, y creen que todas estas huestes brotaron de la sangre de los cabanas asesinados. Sin duda su número ha aumentado desde entonces, pero la causa radica en la despoblación de los asentamientos y el frondoso crecimiento de maleza en los espacios que antes estaban limpios y cuidados. Ya he descrito la línea de sedimento que forman en las orillas arenosas de la parte inferior del río los cadáveres de los individuos alados de esta especie. El éxodo del nido de los machos y las hembras tiene lugar al término de la estación de las lluvias (junio), cuando sus enjambres son arrastrados hasta el río por las turbonadas y llevados a tierra por las olas. Según me dijeron, esta destrucción masiva de hormigas ocurre todos los años, y el mismo montón

compactos de cadáveres que vi sólo en parte se extiende a lo largo de las márgenes del río por espacio de doce o quince millas.

.....

.....

Hormigas militares.- En los libros de viajes se han publicado muchas afirmaciones erróneas, que más tarde han sido copiadas en los estudios de historia natural, acerca de estas hormigas, por confundirlas aparentemente con las saübas, cuyos hábitos he descrito de forma somera en el primer capítulo de mi obra. La saüba encuentra su alimento en el mundo vegetal, y no ataca a los otros animales; los relatos que se han publicado sobre las hormigas carnívoras que cazan en copiosos ejércitos, causando el terror donde quiera que van, solo pueden aplicarse en la realidad a las *Eciton*, u hormigas militares, un grupo totalmente distinto dentro de esta tribu de insectos. Las *Eciton* son denominadas tauóca por los indios, que siempre están atentos a la posible presencia de sus huestes cuando atraviesan la selva, para evitar su ataque. Me topé con diez especies diferenciadas, casi todas ellas con un sistema diferente de marcha; ocho eran nuevas para la ciencia cuando las envié a Inglaterra. Algunas se encuentran en cualquier punto del país, e incluso hay una que es peculiar de los campos abiertos de Santarem; pero como casi todas las especies medran juntas en Ega, donde la selva aparecía atestada por sus ejércitos, he dejado la descripción de los hábitos de todo el género para esta parte de mi narración. Las *Eciton* se asemejan, en sus costumbres, a las hormigas conductoras del África tropical, pero no guardan con ellas ninguna relación estrecha en su estructura, perteneciendo además a otro subgrupo dentro de la tribu.

Como muchas otras hormigas, las comunidades de *Eciton* están compuestas, además de por machos y hembras, por dos clases de obreras, una con la cabeza grande (obrero mayor) y otra con la cabeza pequeña (obrero menor); aquéllas tienen, en algunas especies, las mandíbulas muy alargadas, mientras que las menores presentan en todos los casos un aparato bucal ordinario. Estas dos clases no están claramente definidas en lo relativo a su estructura y función, salvo en dos especies. Existe en todas ellas una ligera diferencia entre las obreras en lo concerniente al tamaño de la cabeza; pero en algunas especies (*E. legionis*) eso no basta para establecer una división de clases, con la correspondiente distribución del trabajo; en otras (*E. hamata*), en cambio, las obreras mayores tienen unas mandíbulas tan monstruosamente alargadas que quedan incapacitadas para tomar parte en las tareas que realizan las obreras menores; e incluso en ciertos grupos (*E. erratica* y *E. vastator*) se perciben unas diferencias tan enormes que la distinción de clases es absoluta e inequívoca, actuando unas como soldados y las otras como obreras*. El rasgo más peculiar en los hábitos de las integrantes del género *Eciton* es que cazan a sus presas en cuerpos regulares, o ejércitos. Es eso lo que las distingue básicamente del género de hormigas urticantes rojas (*Myrmica*), también presentes en Inglaterra, que buscan el alimento con el desorden habitual en las especies comunes. Todas las *Eciton* cazan en

grandes cuerpos organizados; pero casi cada especie tiene su sistema particular de hacerlo.

Eciton rapax.- Una de las hormigas militares, la *Eciton rapax*, gigante de su género cuyas obreras mayores miden media pulgada de longitud, caza en fila de a uno por la selva. No existe ninguna división de clases entre sus obreras, pese a que las diferencias de tamaño son considerables, habiendo algunas cuyo cuerpo mide casi el doble que el de las otras. La cabeza y su mandíbulas, no obstante, tienen siempre la misma forma, y presentan tan sólo una gradación de mayor a menor según sus dimensiones, de tal suerte que todas pueden participar en las tareas comunes de la colonia. La ocupación principal de esta especie parece consistir en saquear los nidos de unas hormigas enormes indefensas pertenecientes a otro género (*Formica*), cuyos cuerpos despedazados he visto con frecuencia en su posesión cuando reanudan la marcha. Los ejércitos de la *Eciton rapax* nunca son muy numerosos.

Eciton legionis.- Otra especie, la *E. legionis*, coincide con la *E. rapax* en que ambas tienen obreras que no pueden dividirse en dos clases bien delimitadas; pero aquélla es mucho más pequeña que ésta, no difiriendo demasiado de nuestra hormiga roja común británica

* Existe otro género numeroso de hormigas sudamericanas en el que las dos clases de obreras están casi siempre bien definidas en su estructura, siendo no sólo sus cabezas, sino también otras partes de sus cuerpos, asombrosamente distintas. Se trata del género *Cryptocerus*, del que encontré quince especies, pero en ningún caso logré descubrir la función determinada de la clase de obreras mayores. El contraste entre las dos clases alcanza su apogeo en la *C. discocephalus*, cuyas obreras mayores tienen una extraña expansión en forma de plato en medio de la coronilla. Todas las especies viven en las ramas o los tallos huecos de los árboles, encontrándose siempre a los individuos de cabeza monstruosa en reposo y mezclados con la multitud de obreras menores. No tiene nada de sorprendente que aún no se haya descubierto la función de las obreras mayores entre las hormigas exóticas cuando Huber, que dedicó toda su vida al estudio de las hormigas europeas, no fue capaz de adivinarla en una especie común, la *Formica rufescens*.

(*Myrmica rubra*), a la que también se asemeja en color. La *Eciton legionis* suele vivir en los lugares abiertos, y en el Amazonas sólo se deja ver en los campos arenosos de Santarem. Los movimientos de sus huestes son por lo tanto mucho más fáciles de observar que los de los tipos que suelen poblar tan sólo las espesuras más densas; además, los efectos de su aguijón y su mordedura son menos dolorosos que los de las demás especies. Los ejércitos de *F. legionis* constan de varios millares de individuos, que avanzan en anchas columnas. Son tan rápidas en romper filas al ser molestadas, y en atacar de forma presurosa y virulenta a cualquier intruso, como las otras *Eciton*. No se trata de una especie común, así que rara vez se me presentaba la oportunidad de contemplar sus hábitos. La primera vez que vi a un ejército fue una tarde, poco antes del crepúsculo. La columna consistía en dos hileras que avanzaban en dirección opuesta; una llevaba las manos vacías, y la otra marchaba cargada con restos mutilados de insectos, sobre todo larvas y papas de otras hormigas. No hallé ninguna dificultad en seguir su trayectoria hasta el lugar desde donde transportaban su botín, un arbustal bajo. Las *Eciton* se movían con gran rapidez en torno a un

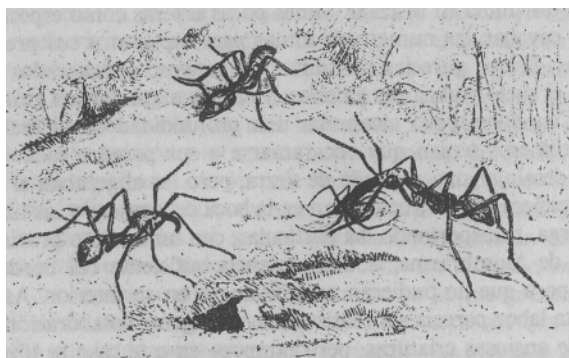
montón de hojas muertas; pero como el crepúsculo tropical dura muy poco, y la oscuridad se estaba intensificando por momentos, tuve que posponer mi examen para el día siguiente, porque no quería que me sorprendiera la noche en los solitarios campos.

Por la mañana no encontré ni rastro de las hormigas cerca del lugar donde las había visto la víspera, ni tampoco había signos de la presencia de insectos de ninguna descripción en el arbustal; pero a una distancia de ochenta o cien yardas di de nuevo con el mismo ejército, ocupado en una *razzia* similar a la de la noche anterior, que esta vez les obligaba a valerse de otros recursos de su instinto, debido a las características del suelo. Estaban muy afanadas, en la parte anterior de una margen inclinada de tierra liviana, excavando minas por las que luego extraí los cuerpos de una voluminosa especie de hormiga, perteneciente al género *Formica*, que se ocultaba a una profundidad de ocho o diez pulgadas. Resultaba curioso ver cómo se apiñaban en torno a los orificios de las minas, unas ayudando a sus compañeras a sacar al exterior los cuerpos de las *Formicae* y las otras despedazándolas, ya que su peso era excesivo para ser acarreado por una sola *Eciton*; las portadoras se cargaban a la espalda cada una un fragmento, y se lo llevaban pendiente abajo. Cavando la tierra con una pequeña pala cerca de las entradas de las minas encontré los nidos de las *Formicae*, llenos de larvas y capullos, que las *Eciton* estaban invadiendo, a una profundidad de ocho pulgadas de la superficie. Las ansiosas saqueadoras entraban en el agujero a medida que lo iba abriendo con mi herramienta, y me arrancaban las hormigas de las manos en cuanto las sacaba, hasta tal punto que hallé bastante dificultad en rescatar a unas pocas enteras como especímenes. Cuando cavaban las numerosas minas para capturar a sus presas, las pequeñas *Eciton* parecían dividirse en grupos, consagrados uno a horadar el suelo y abrir las galerías, y el otro a apartar los granitos de tierra. Cuando el pozo alcanzaba una profundidad considerable, los grupos mineros tenían que encaramarse a sus paredes cada vez que querían desalojar una paletada de tierra; pero les aligeraban el trabajo sus compañeras, que se colocaban en la boca del agujero y las liberaban de su carga, transportando las partículas, con un instinto previsor que no dejó de asombrarme, a una distancia suficiente del borde de la cavidad para que no pudieran caer de nuevo en su interior. Así pues, toda esta labor parecía ser realizada en inteligente colaboración por la hueste de ansiosas criaturas; pero tampoco en este caso se observaba una división rígida del trabajo, ya que algunas de ellas, cuyo proceder examiné con sumo celo, actuaban ora como portadoras de granos, ora como mineras, para emprender poco después la tarea conjunta de transportar los cuerpos de sus víctimas.

En unas dos horas todos los nidos de *Formicae* habían sido vaciados, aunque no completamente, de su contenido, y volví mi atención hacia el ejército de *Eciton* que transportaba los restos mutilados. Por espacio de cierta distancia se veía a un gran número de hileras separadas avanzando por la pendiente de la margen; pero un poco más lejos todas ellas convergían en un punto, formando una ancha y apretada columna que se prolongaba unas sesenta o setenta yardas, para terminarse en uno de los grandes hormigueros ya descritos en un capítulo anterior

en relación con las termitas, cuya construcción se distinguía por el material, duro como la piedra, que lo configuraba. La ancha y compacta columna de hormigas desfilaba por los lados inclinados del montículo en un fluir continuado; muchos individuos, que hasta entonces habían tratado del ejército con las manos vacías, se integraban ahora en él para ayudar a sus compañeras con sus pesadas cargas, y todo el cuerpo descendía por el interior de una espaciosa galería que se abría en la cima del termitario. No traté de llegar hasta el nido, que debía hallarse en el fondo de la ancha mina, y por lo tanto en el centro de la base de la pétrea protuberancia.

Eciton drepanophora.- Las especies más comunes de hormigas militares eran la *Eciton hamata* y *E. drepanophora*, dos tipos que se asemejan tanto entre sí que se requiere un examen exhaustivo para distinguirlas; no obstante, sus ejércitos nunca se entremezclan, pese a moverse por los mismos bosques y cruzar con frecuencia el camino trazado por la especie hermana. Las dos clases de obreras parecen estar, a primera vista, muy diferenciadas, debido al pasmoso contraste que ofrecen los gigantes de la una con los pigmeos de la otra. Hay ejemplares enanos cuyo cuerpo no mide más de un quinto de pulgada, con la cabeza y las mandíbulas diminutas, y colosos de media pulgada de longitud con la cabeza y las mandíbulas monstruosamente agrandadas, todos ellos pertenecientes a la misma familia. No se observa, sin embargo, una clara separación de clases, existiendo individuos intermedios que hacen de nexo entre los dos extremos. Estas *Eciton* viajan por los caminos de la selva, en todos los lugares próximos a las márgenes del Amazonas, formando densas columnas de incontables millares. Siempre me topaba con una u otra cuando emprendía mis paseos por la espesura, y es probablemente a ellas a las que aluden las historias que leemos en los libros sobre Sudamérica donde se nos dice que ciertas hormigas eliminan de las casas a los insectos dañinos; no obstante, no supe de ningún ejército de *Eciton* que hubiese entrado en las casas, limitándose sus matanzas a las partes más densas de la selva.



Hormigas militares (*Eciton drepanophora*)

Cuando el caminante está a punto de toparse con un convoy de estas hormigas, la primera señal que recibe es el movimiento agitado y nervioso de unos pájaros de colores apagados (una especie de tordo) en la jungla. Si desoye uno su

aviso y avanza sólo unos pasos más, se encontrará indefectiblemente en apuros, al ser sorprendido y atacado de forma súbita por un número ingente de estas feroces criaturas. Invadirán sus piernas con una rapidez pavorosa, aplicándole cada una sus mandíbulas pinzadas a la piel y, una vez asegurada su adquisición, doblando la cola hacia dentro y clavando su aguijón con todas sus fuerzas. No queda otro recurso, cuando se halla uno en tal situación, que correr; si le acompañan algún nativo, no dejará de dar la alarma, gritando "Tauóca!" y saliendo disparado hacia el extremo opuesto de la columna de hormigas. Los tenaces insectos que se han afianzado a las piernas de su víctima tienen que ser arrancados de su asidero uno por uno, una tarea que a menudo no puede realizarse si no es partiéndolos en dos y dejando las cabezas y las mandíbulas adheridas a las llagas.

El objetivo de estos vastos ejércitos de hormigas es el pillaje, como en el caso de la *Eciton legionis*; pero al moverse siempre entre la frondosa espesura, su forma de proceder se hace más difícil de observar que en esa otra especie. Dondequiera que van provocan una auténtica conmoción en todo el mundo animal, tratando cada criatura a su manera de mantenerse alejada de su camino. Pero son concretamente las diversas tribus de insectos ápteros las que tienen motivos para espantarse; las arañas de cuerpo pesado, las hormigas de otras especies, los gusanos, las orugas, las larvas de las cucarachas, y otras muchas criaturas que viven debajo de las hojas caídas o en la madera en putrefacción. Las *Eciton* no se encaraman a gran altura por los troncos de los árboles, y por lo tanto las crías que los pájaros dejan en sus nidos no suelen ser importunadas por su presencia. El modo de operar de estos ejércitos, que comprobé tan sólo tras una prolongada observación de sus hábitos, es el siguiente: la columna principal, en formación de cuatro o seis, 'avanza en una dirección determinada, eliminando a su paso toda materia animal muerta o viva que se interponga en su camino y destacando de vez en cuando en los flancos del cuerpo central a una columna menos nutrida, cuya misión consiste en forrajear durante un corto espacio de tiempo e integrarse de nuevo al pelotón en cuanto ha concluido su tarea. Si encuentran un lugar muy rico en caza cerca de la línea de su marcha, como por ejemplo una masa de madera podrida donde abundan las larvas de insectos, se produce una breve demora y un cuerpo copioso de hormigas se concentra en el punto de interés. Las excitadas criaturas escudriñan hasta las más diminutas hendiduras y despedazan todas las larvas grandes que logran arrastrar hasta la luz. Resulta curioso verlas atacar los nidos de las avispas, que a menudo se asientan en los arbustos bajos. Mordisquean su protección, de textura similar al papel, hasta eliminarla y llegar así donde se hallan las larvas, las pupas y las avispas recién salidas del huevo, cuyos cuerpos hacen jirones sin prestar la menor atención a las enfurecidas propietarias que vuelan en su derredor. Cuando han de llevarse los despojos fragmentados, distribuyen las diferentes piezas entre las portadoras con cierto grado de consideración y espíritu de justicia: las enanas cargan las piezas más pequeñas, y los individuos más fuertes las porciones pesadas. A veces dos hormigas se unen para transportar una pieza; pero las obreras mayores, con sus mandíbulas desproporcionadas y torcidas, están incapacitadas para tomar parte en esta tarea. Los ejércitos nunca avanzan mucho trecho por los caminos trillados, sino que parecen preferir la enmarañada espesura por donde resulta casi imposible

seguirles. En ocasiones conseguía observar los movimientos de un ejército a lo largo de media milla o más, pero nunca di con ninguno que hubiera terminado su recorrido diario y regresara al hormiguero. A decir verdad, no llegué jamás a estos hormigueros; siempre que veía a un ejército de *Eciton* estaban en plena marcha.

Un día, estando en Villa Nova, creí haber dado con una horda migratoria de estas hormigas infatigables. El lugar era un tramo abierto de tierra situado cerca de la ribera del río, junto al linde de la selva, que aparecía rodeado de rocas y maleza. De pronto descubrí a una densa columna de *Eciton*, que surgía de detrás de las rocas a un lado del fondeadero, atravesaba el espacio abierto y ascendía por la cuesta del otro extremo. La longitud de la procesión era de entre sesenta y setenta yardas, y sin embargo no eran visibles ni su vanguardia ni las últimas filas. Todas las hormigas avanzaban en la misma dirección, excepto unos cuantos individuos en el flanco de la columna que retrocedían sobre sus pasos, trotando hasta una corta distancia, y luego daban media vuelta y seguían de nuevo la trayectoria del cuerpo principal. Pero estos movimientos hacia atrás se sucedían continuamente de una punta a otra de la hilera, dando toda la impresión de constituir un sistema particular de comunicación entre los distintos miembros del ejército, ya que las hormigas que practicaban este retroceso se detenían con frecuencia unos momentos para tocar con sus antenas a algunas de las compañeras que marchaban en el bloque, un proceder que se ha observado también en otras hormigas, llegándose a la conclusión de que se trata de su modo habitual de transmitir mensajes. En efecto, cuando interfería en el avance de la columna o le sustraía a uno de sus individuos, la noticia de mi intrusión no tardaba en correr varias yardas en dirección de la retaguardia, y la columna emprendía la retirada en ese punto. Todas las obreras de cabeza pequeña llevaban entre sus mandíbulas un manojo de gusanillos blancos, que de momento me parecieron larvas de su propia colonia, pero más tarde hallé razón para concluir que se trataba de las crías de otras especies cuyos nidos habían devastado, siendo probablemente el desfile no una marcha migratoria, sino una columna en expedición de pillaje.

Las posiciones de los individuos de cabeza grande eran en extremo curiosas. Había una de estas extraordinarias criaturas por cada veinte de la clase más pequeña; no transportaban nada en su boca, sino que trotaban con las manos vacías fuera de la columna, a intervalos bastante regulares, como hacen los oficiales subalternos en un regimiento de soldados. Era fácil ser exacto en esta observación, porque sus cabezas blancas y relucientes hacían de ellas objetos muy conspicuos entre las demás, sobre todo cuando subían y bajaban para salvar los accidentes del terreno. No vi que cambiaran nunca de posición, ni que prestasen la menor atención a las compañeras de cabeza pequeña que marchaban en el cuerpo central; y cuando me interponía entre sus filas, no se encabritaban ni guerreaban con tanto afán como las otras. Estos miembros macrocéfalos de la comunidad han sido considerados por algunos autores como una clase de soldados con las mismas funciones que la casta similarmente armada de las termitas; pero no encontré ninguna prueba de que así fuera, por lo menos en la especie presente, ya que siempre se mostraban bastante menos belicosas que las obreras menores, y sus mandíbulas deformadas les impedían adherirse a una superficie plana como la piel de un animal atacante. No obstante, me inclino a pensar que quizá actúen, de un modo menos directo, como protectoras de la comunidad, por constituir un bocado

indigestible para las bandadas de tordos hormigueros que siguen a las columnas en marcha de estas *Eciton*, y que son sin duda el más despiadado enemigo de la especie. Es posible que las mandíbulas ganchosas y torcidas de esta clase se conviertan en armas perturbadoras -eficaces en las entrañas o estómagos de las aves, pero por desgracia no tuve la ocasión de comprobar si tal era el caso.

No todo es trabajo en la vida de estas *Eciton*: en numerosas ocasiones las vi ociosamente ocupadas en actividades que se me antojaron recreativas. Cuando eso ocurría, el lugar era siempre un claro soleado de la selva. La columna principal del ejército, al igual que las subalternas, mantenían sus posiciones habituales pero, en vez de avanzar apretujadas con el afán que las caracteriza devastando a derecha e izquierda todo lo que se pone a su alcance, parecían haber sucumbido a un ataque repentino de holgazanería. Unas caminaban despacio de un lado para otro, otras se frotaban las antenas con las patas delanteras; pero la visión más divertida la ofrecían las que se dedicaban a limpiarse entre sí. Aquí y allá se veía a una hormiga extender primero una pata y luego la otra, para que se las cepillasen o lavasen sus compañeras, las cuales realizaban tal tarea pasándose las extremidades entre las mandíbulas y la lengua, y dando por último un amistoso repaso a las antenas. Constituía en verdad un espectáculo hartamente curioso, bien calculado para aumentar nuestra estupefacción ante la similitud existente entre las acciones instintivas de las hormigas y las de los seres racionales, similitud que tiene que haber surgido de dos procesos diferentes en el desarrollo de las cualidades primarias de la mente. Los actos de estas hormigas parecían ser un simple abandono al recreo ocioso. ¿Poseen acaso estas criaturas un exceso de energía, superior al necesario para las tareas imprescindibles que deben realizar en beneficio de la especie? ¿Queman este exceso de energía en actividades puramente lúdicas, como los corderillos y los gatos jóvenes, o bien su comportamiento responde a un antojo más racional, como en los seres humanos? Es probable que todas estas horas de asueto empleadas en la relajación y la limpieza sean indispensables para la realización eficaz de las tareas más duras, pero al contemplarlas no podía resistirme a pensar que las hormigas estaban simplemente jugando.

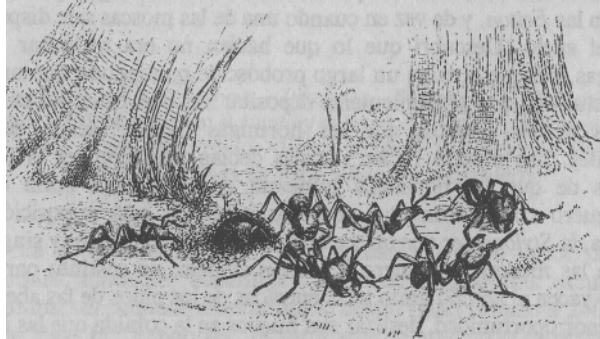
Eciton proedator. - Es ésta una pequeña especie oscura revestida de rojo granate, muy similar a la hormiga urticante roja común de Inglaterra. Difiere de todas las otras *Eciton* en su hábito de cazar, no en columnas, sino en densas falanges constituidas por millares de individuos; la vi por primera vez en Ega, donde medra con gran profusión. No hay otro movimiento de insectos que resulte más asombroso que la rápida marcha de estos cuerpos tan nutridos y compactos. Por dondequiera que pasan siembran la alarma entre los restantes miembros del mundo animal. Avanzan por el suelo en verdaderos torrentes y trepan a las copas de todos los árboles bajos, escudriñando cada hoja hasta su mismísimo ápice; y siempre que encuentran una masa de materia vegetal en descomposición, donde el botín suele ser abundante, concentran, al igual que las otras *Eciton*, todas sus fuerzas en ella, de tal suerte que la densa falange de cuerpos brillantes y ágiles parece, al extenderse sobre la superficie, una inundación de líquido rojo grana. Tras penetrar sin tardanza en todos los rincones del confuso montón, vuelven a reunirse en orden de marcha y reanudan su avance. Todos los insectos inactivos y de cuerpo blando constituyen una presa fácil para estas *Eciton* que, al igual que sus congéneres, despedazan a sus víctimas para facilitar su transporte.

Cuando pasa por un tramo de tierra lisa, la falange de esta especie ocupa un espacio de entre cuatro y seis yardas cuadradas; si se examina de cerca a las hormigas se comprobará que se mueven, no en dirección totalmente recta, sino en columnas contiguas que se abren de formas diversas, ora separándose un poco de la masa general, ora uniéndose de nuevo a ella. Los flancos de la falange se alejan en ocasiones del seno del regimiento dispersándose como una nube de tiradores en una escaramuza. No conseguí encontrar nunca un hormiguero de esta especie.

Eciton ciega.- Paso ahora a dar somera cuenta de la especie ciega de las *Eciton*. Ninguno de los tipos ya descritos posee los ojos de estructura compuesta o con facetas que suele ser habitual en los insectos, y que constituye uno de los rasgos de las hormigas comunes (*Formica*) sino que están provistas de órganos de visión constituidos cada uno por una lente simple. Hay una *Eciton* de miembros fornidos que conecta a las corrientes de su género con la especie totalmente ciega; se llama *E. crassicornis* y sus ojos están hundidos en unas profundas cuencas. Esta hormiga realiza expediciones de pillaje como el resto de su tribu, e incluso ataca los nidos de otras especies urticantes (*Myrmica*), pero rehuye la luz, avanzando siempre semioculta bajo las hojas y las ramas caídas. Cuando sus columnas tienen que cruzar un espacio despejado, construyen un camino cubierto provisional con gránulos de tierra, colocados en forma de bóveda arqueada y conglomerados de un modo espontáneo; la procesión pasa en secreto por esta vía, reparando sus infatigables criaturas las grietas a medida que se van abriendo.

El orden siguiente es la *Eciton vastator*, que carece de *ojos*, pese a que sus cuencas vacías son perfectamente visibles; y la última en esta sucesión es la *Eciton erratica*, de la que han desaparecido tanto los ojos como las cuencas, dejando sólo un difuso anillo en el lugar donde suelen estar situados. Los ejércitos de la *E. vastator* y la *E. erratica* se mueven, según tuve ocasión de observar, por sendas cubiertas, que las hormigas construyen de forma gradual pero rápida a medida que avanzan. Las columnas de saqueadoras se abren paso poco a poco, al abrigo de estos pasadizos cubiertos, a través de la espesura y, cuando llegan a un tronco en putrefacción u otro terreno de caza prometedor, se filtran por las ranuras en busca de su botín. En ocasiones he seguido sus arcadas por espacio de unas doscientas yardas; los granos de tierra son extraídos del suelo por el que pasa la columna, y ajustados uno a otro sin necesidad de aglutinantes. Es este último rasgo lo que las distingue de las sendas cubiertas similares que hacen las termitas, las cuales utilizan su pegajosa saliva para formar el cemento que ha de unir los granos. Las *Eciton* ciegas levantan simultáneamente, trabajando en grupos copiosos, los lados de sus arcadas convexas y se las ingenian, de un modo harto sorprendente, para aproximarlas y aplicar las dovelas sin dejar que se desmorone la suelta estructura desprovista de cemento. Existía una clara división del trabajo entre las dos clases neutras de estas especies ciegas. La clase cabezuda no posee las monstruosas mandíbulas alargadas que caracterizan a las obreras mayores de la *E. hamaca* y la *E. drepanophora*, pero se diferencia drásticamente de la clase de cabeza pequeña en que los miembros de sus huestes actúan como soldados, defendiendo a la comunidad obrera (al igual que las termitas soldado) de cualquier intruso. Siempre que abría una brecha en uno de sus caminos cubiertos se producía una gran conmoción entre las hormigas que pasaban por debajo,

pero mientras las obreras menores se quedaban rezagadas para reparar los daños, las macrocéfalas se asomaban amenazadoras al exterior, irguiendo sus cabezas y dentelleando en el vacío con una fiera expresión de ira y desafío.



Hormigas militares (*Eciton erraticum*) construyendo una galería cubierta. Las soldados salen al ser molestadas

Los ejércitos de todas las *Eciton* van acompañados por pequeños enjambres de un tipo de moscas dípteras cuyas hembras tienen el ovipositor muy largo, pertenecientes al género *Stylogaster* (familia *Conopsidae*). Estos enjambres revolotean con sus alas vibrantes y flexibles a una altura de un pie o menos sobre el lugar por el que avanzan las *Eciton*, y de vez en cuando una de las moscas sale disparada hacia el suelo. Descubrí que lo que hacían no era traspasar a las hormigas, aunque poseían un largo probóscide puntiagudo que sugería tal conclusión, sino probablemente depositar sus huevos en los cuerpos blandos de los insectos que las hormigas habían sacado de sus escondites. Las moscas recién nacidas debían pues romper el huevo después de que las hormigas hubieran depositado su botín en el hormiguero como alimento para sus crías. Si esta suposición es correcta, la *Stylogaster* nos ofrece un caso de parasitismo muy singular, aunque las moscas del género *Tachinus* exhiben un instinto parecido cuando yacen al acecho junto a las entradas de los nidos de las abejas y, a la menor oportunidad, deslizar sus huevos en la comida que las ilusas obreras transportan para sus crías.